Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo)

Juan Gonzalo Betancur B.

The seven main traps journalists (and good journalism) fall into

Abstract

For a journalist, the task of reporting on an armed conflict implies working on a hostile topic and in hostile territory, both of which are filled with traps designed to manipulate or prevent the writing of accurate information. This is a reflection on certain difficulties encountered when covering Colombia's internal struggle. It explains that the journalist must be aware of and reveal how so many situations within this conflict are political and propagandist at the root, so that he can avoid becoming the unwitting 'tool' of those involved in the war.

Key words: Journalism and armed conflict, propaganda, psychological warfare.

Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo)

Resumen

Para un periodista, informar sobre un conflicto armado implica trabajar sobre un terreno y una temática hostiles, llenos de trampas puestas para manipularlo o para impedir que elabore una buena información. Esta es una reflexión sobre algunas dificultades que tiene el cubrimiento de la guerra interna de Colombia. Se explica cómo demasiadas situaciones de esta confrontación tienen un trasfondo político y propagandístico que debe conocer o develar el periodista para evitar convertirse, sin quererlo, en un 'idiota útil' de los actores de la guerra.

Palabras clave: Periodismo y conflicto armado, propaganda, guerra sicológica.

Juan Gonzalo Betancur B.

Comunicador Social—Periodista egresado de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Durante diez años fue reportero del periódico *El Colombiano*, siete de ellos especializado en manejo de información sobre violencia y conflicto armado; en ese diario fue editor de la sección Antioquia. Tiene posgrados en Análisis Político y del Estado, de la Universidad Autónoma Latinoamericana (Medellín); y en Comunicación y Conflictos Armados, de la Universidad Complutense (Madrid). Actualmente es profesor de periodismo en la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

Correo electrónico: juango@unab.edu.co

Las siete trampas capitales contra el periodista (y el buen periodismo)

En 1997, a los sacerdotes de la Diócesis de Apartadó, en la región de Urabá (noroccidente de Colombia, en límites con Panamá), les impresionó la forma en que algunos campesinos que llegaban desplazados de las selvas del departamento del Chocó se referían a los paramilitares que los habían sacado de sus tierras. Les decían a los curas: "¡Padre, es que son personas como nosotros!".

Muchos de esos campesinos habían oído demasiado acerca de los paramilitares; historias de terror sin duda verdaderas, pero también otras distorsionadas, no se sabe por qué, quién, ni si fue en forma inconsciente o provocada. Lo cierto es que hubo algunos que, al saber que llegaban los paracos, se imaginaron que se trataba de monstruos, de seres gigantes, peludos, con garras y colmillos, y se sorprendieron al ver que, físicamente, eran idénticos a cualquier colono.

Es posible entonces que al otro lado de la misma selva, en el lado panameño, otros habitantes posean ideas parecidas. Y que en otros sitios del planeta piensen igual no sólo de paramilitares o guerrilleros sino, por extensión, de todos los colombianos.

Ciertamente, esos hombres de la guerra han cometido y siguen cometiendo actos en extremo salvajes que sólo pueden recibir el calificativo de monstruosos. Pero lo que quiero resaltar con esta anécdota es cómo hay unas imágenes de los enemigos o de los potenciales enemigos, que en ocasiones no corresponden a lo que realmente son.

Parte de esas imágenes mentales que se empiezan a crear son resultado de procesos muy bien pensados que se inscriben dentro de acciones de propaganda y de guerra sicológica, como parte de la gran estrategia de cada uno de los bandos para ganar la confrontación a como dé lugar. Otras imágenes son creadas por el establecimiento, a través

de líderes de opinión —gobernantes, columnistas, políticos, empresarios—, que las ponen a circular y las reiteran hasta la saciedad con fines diversos. En ambos casos, para su difusión masiva se valen de los medios de información. Y existen otras más que surgen desde abajo, desde la propia ciudadanía, y que en sus comienzos se propagan por canales informales como el rumor, el comentario y en general la comunicación interpersonal.

Raúl Sohr, en su libro Las guerras que nos esperan: EEUUataca, explica que esa situación se produce en las zonas de combate, en los diferentes niveles de los gobiernos y en el "espíritu de los ciudadanos" como parte de procesos circunstanciales o deliberados: "En todo conflicto un grueso velo obstruye la visión. Las autoridades de cada bando emiten información engañosa para encubrir sus verdaderas intenciones. La vieja maquinaria de propaganda ha evolucionado para convertirse en el refinado arte de la guerra sicológica. Los antecedentes considerados dañinos se censuran. La parcialidad brota de modo natural, estimulada por sentimientos patrióticos o ideológicos. Cunden los rumores, intencionados o ingenuos. Las comunicaciones se tornan difíciles y se multiplican los errores de transmisión. Las versiones fantasiosas alzan el vuelo en situaciones de tensión en que la verificación es imposible. Este es el ambiente adverso a la verdad -olvidemos rigurosidad- en que transcurren los momentos críticos en las guerras".

Bien sabido es que todas las guerras, y los intereses que hay tras ellas, actúan no sólo en los campos de batalla sino en el plano de los significados, con los medios masivos de información como instrumentos para llegar a la mente de las personas. Alvin y Heidi Toffler lo advirtieron en 1995 cuando en su texto *Las guerras del futuro*, dijeron: "Quienes más se esfuerzan por reflexionar acerca de la guerra en el futuro, saben que algunos de los combates más importantes

Sohr, Raúl. Las guerras que nos esperan: EEUU ataca, Ediciones B, tercera edición, Santiago de Chile, 2002. 318 págs.

de hoy y del mañana se desarrollan y se desarrollarán en el campo de batalla de los medios de comunicación"².

Para ayudar a cualquier proceso de solución pacífica y negociada del conflicto armado colombiano se requiere la construcción de imaginarios positivos hacia la reconciliación nacional. Imágenes y conceptos distintos a esos arquetipos distanciadores sobre la salida negociada a la guerra interna que vivimos, algunos de moda en Colombia y que han tomado inusitado auge aquí ante la frustración de diversos sectores de la sociedad tras el fracaso en las negociaciones de paz con la guerrilla, en especial con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc).

La construcción de esos imaginarios debe ser un proceso perfectamente consciente dentro de los medios informativos, para que las imágenes que ellos crean con sus informaciones se conviertan en dinamizadoras y no en obstáculos al entendimiento mutuo, y para dar claridad a tanto hecho "confuso".

Atravesando un campo minado

Cuando se juega con palabras y con herramientas que producen significados, como lo hacemos los periodistas, hay que tener mucho cuidado. En especial si se habla de un conflicto, si se está en una zona que lo vive o si la confrontación está cerca, pues a diario se camina por un campo lleno de trampas.

Algunas de esas trampas, como las llamo aquí, son puestas en forma consciente por todos los sectores involucrados en la confrontación (incluyendo, por supuesto, al mismo Estado). Otras se las ponen los propios periodistas o sus medios, debido a su incapacidad personal o a su mala organización empresarial.

² Toffler, Alvin y Heidi. Las guerras del futuro, Editorial Plaza & Janés, Madrid, 1991.

Trampa 1: Desconocer la historia

Lleva a la equivocada posición de creer que los conflictos surgieron por generación espontánea. Y para el caso colombiano, que aparecieron sólo porque hay unos "malos" empeñados en acabar con "los buenos"; que esos malos son así porque simplemente quieren destruir todo y que las soluciones son simples, por lo que tendrían que darse rápido.

Las raíces del problema colombiano son tan hondas y su desarrollo actual está determinado por tantos factores (exclusión política, narcotráfico, ausencia de Estado, corrupción, crisis del modelo económico) que es necesario insistir mucho en las informaciones acerca de dos cosas: cómo todos esos elementos influyen en tan caótica situación, y cómo las soluciones son difíciles y por lo tanto demoradas.

Esa mezcla de factores es lo que Iván Orozco Abad llamó el "ensuciamiento del conflicto colombiano", es decir, cuando todas las violencias empezaron a mezclarse y a retroalimentarse, hasta generar la confusión actual en la que se diluyen los límites si se quiere propios de los fenómenos y del accionar de los grupos armados. Así lo explica el autor mencionado en su libro Combatientes, rebeldes y terroristas - Guerra y derecho en Colombia:

La Colombia de hoy padece una situación de violencia que podemos caracterizar, con Daniel Pécaut, como de "violencia generalizada". No encontramos en nuestro país una situación de guerra civil abierta, en el sentido de un conflicto bipolar, que aglutine en sus extremos al conjunto de la población sino una violencia fragmentaria y compleja, en la cual una pluralidad de actores armados intervienen recíprocamente. Colombia, sobre todo a partir del ingreso masivo del narcotráfico en la vida política del campo, ha vivido un proceso de marcada feudalización político-militar. Entre nosotros hay señores patrimoniales que son, simultáneamente, 'señores de la guerra'. Es así como se habla de 'la guerra de Pablo', de 'la guerra de Víctor', etc., como de una pluralidad de guerras

privadas que responden a lógicas que se entrelazan y se interfieren con otras violencias. Los mismos aparatos del Estado, en cuanto involucrados en conflictos regionales y locales, han resultado, parcialmente, privatizados a través de la corrupción.

De otro lado, la interferencia recíproca de la violencia ha determinado un ensuciamiento creciente de los conflictos. Entre nosotros, la guerra es una guerra sucia compartida. Desde el punto de vista del Estado, la suciedad del conflicto se manifiesta sobre todo en una doble tendencia creciente hacia la bandolerización de la delincuencia política y hacia la politización de la delincuencia común.

Si a este escenario de violencias organizadas le agregamos el mar inmenso de la delincuencia común desestructurada que asola a nuestras ciudades y campos, entonces tenemos por lo menos en sus pinceladas más gruesas el cuadro de fondo que sirve de coreografía al conflicto entre el Estado y el para-Estado, de un lado, y las guerrillas, del otro³.

Que los periodistas conozcan y entiendan la historia real de Colombia y de la guerra que vive es vital: aquellos que están informando para otro país, como los corresponsales, para que elaboren mensajes que ayuden a comprender el problema colombiano desde su dimensión histórica y coyuntural, y no generen entre su público nuevas distorsiones que a la postre se conviertan en una dificultad más de cara a un proceso de apoyo internacional. Y los que están cubriendo los hechos dentro del propio territorio nacional, para que hagan informaciones que permitan a la ciudadanía entender que los grupos armados tienen lógicas diferentes producto de su historia, intereses diversos y posturas opuestas, por lo que las soluciones, es decir las negociaciones (lo que se ha llamado en forma genérica "el proceso de paz"), no van a ser rápidas, así todos lo queramos.

³ Orozco Abad, Iván. Combatientes, rebeldes y terroristas - Guerra y Derecho en Colombia, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Editorial Temis, Santafé de Bogotá, 1992. 327 págs.

Destaco esto último porque, aún existiendo esas contradicciones entre Estado, guerrilla y paramilitares; aún los repetidos hechos de guerra y los pocos de paz; aún las masacres, los secuestros, las extorsiones, hay que insistir en la solución negociada del conflicto porque una alternativa estrictamente militar tendría efectos devastadores sobre todo el país y sobre las regiones fronterizas de las naciones vecinas.

Trampa 2: No entender el contexto en el que se desarrolla el conflicto

Es la forma más habitual de perderse y hacer perder a los lectores, radioescuchas o telespectactores. Carecer del conocimiento mínimo de todos los elementos políticos, sociales, económicos y hasta culturales que se conjugan en una región o en un momento específico de la historia (y de la confrontación), impide explicar el por qué de las acciones bélicas.

Porque cuando ocurre un ataque guerrillero o paramilitar contra un municipio, por ejemplo, la explicación más recurrente que presentan la mayoría de periodistas es que "el pueblo ya estaba amenazado". Y santo remedio. En casos como ese hay que profundizar hasta llegar a puntos tales como la importancia estratégica que puede tener ese pueblo o ese lugar específico de la geografía.

Un caso patético en ese sentido ocurrió en la zona fronteriza colombo-venezolana a mediados de 1999, cuando empezaron las masacres de las Autodefensas Unidas de Colombia en la zona de La Gabarra, departamento de Norte de Santander. Los primeros cubrimientos se limitaban a dar cuenta de los muertos, las viudas y los desplazados, datos absolutamente necesarios, claro está. Y parecía, para el resto del país, una situación extraña porque allí supuestamente no había conflicto armado, no era una zona roja.

Pero la explicación de que eso respondía, además de acabar con la guerrilla, a una estrategia para quedarse con

el negocio de la coca en la región para las autodefensas financiarse, a la vez de debilitar las arcas de los insurgentes, sólo empezó a darse unas semanas después cuando iban ya más de 50 muertos.

El periodista que cubre el conflicto colombiano debe entender que la guerra no es idéntica en todo el territorio nacional, que el accionar de un mismo grupo armado—llámese guerrilla o paramilitares— puede ser muy distinto en dos sitios del país porque hay intereses militares o políticos diferentes, o condiciones regionales específicas que así lo obligan.

En otras palabras, los modelos interpretativos usados por la prensa para elaborar informaciones no pueden homogenizar esta confrontación como si se tratara del mismo fenómeno en toda Colombia: lo que es común son los muertos, desplazados y métodos de terror; lo que puede ser diverso es el tipo de intereses que hay detrás de esas acciones de barbarie en cada punto de la geografía nacional.

Porque, como lo explica el polítólogo William Restrepo Riaza en un capítulo del libro Conflicto armado, violencia y terrorismo en Colombia, "De una guerra que original e históricamente se definía dentro de los modelos clásicos de la lucha guerrillera de vanguardia, localizada, y de actores armados específicos, se ha dado un salto a un proceso heterogéneo y complejo, que supera el marco social y espacial que la determinan"⁴.

Caer en la trampa de no dominar el contexto local y regional en que se dan los hechos de violencia hace que el periodista no explique el por qué de lo que ocurre, que no rodee sus mensajes de interpretación y contenido que valga la pena, y que, finalmente, se convierta en un simple transmisor de lo evidente.

⁴ Guerra, violencia y terrorismo en Colombia, Alejo Vargas Velásquez (compilador), Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1999. 312 págs.

Trampa 3: Reproducir estereotipos y no medir el sentido del lenguaje

La simplificación que representa acudir a estereotipos no sólo es muestra de estrechez mental del periodista y del medio para el cual trabaja sino de su pereza intelectual. Significa desconocimiento de las realidades y de las personas. Evidencia ganas de perpetuar ideas preconcebidas para no espantar a lectores y anunciantes, para reforzarles sus temores o certezas. Es facilismo puro y duro.

Los estereotipos aparecen a diario en las noticias y están metidos desde la simplificación de los titulares hasta en las florituras que traen esas crónicas romanticonas hechas con la pretensión de ser literarias. Salir de ese esquema implica meterse en una lucha interna dentro del medio porque, ¿cómo romper con ellos, cuando a muchos editores y directores de medios les encantan tanto como los pasabocas de los cocteles?

Y del problema del lenguaje, ni se diga. Creo que lo más grave es el uso de terminologías incorrectas, de expresiones que reproducen el clima de agresión o que son propias de los actores armados (y cuando hablo de actores, uso el término según el Derecho Internacional Humanitario, por lo que incluyo ahí a las Fuerzas Armadas del Estado). En este sentido, expresiones como "cuadrillas", "terroristas de las Farc y el Eln", "autodefensas ilegales", "el Ejército y sus bandas paramilitares" —expresiones que usan en forma permanente en declaraciones y documentos esos mismos actores armados para referirse a sus contrarios— están cargadas de un contenido político y propagandístico muy alto que muchas veces no corresponden en su totalidad frente a lo que realmente son.

Al respecto, hay que señalar que una cosa es que un militar, un guerrillero o un autodefensa se refiera de una manera sobre sus enemigos y otra bien distinta que el periodista hable igual a como lo hace ese combatiente. Ese militar, ese guerrillero y ese autodefensa por supuesto que es entendible que se refiera de esa forma a quienes combate

porque sabe que son sus antagonistas a los que hay que destruir. Y cuando habla de esa forma tiene muy claro que el lenguaje es una de sus herramientas de guerra, que usa como una eficaz arma de cara a la opinión pública. Si el periodista debe utilizar ese pronunciamiento porque tiene un sentido noticioso, así esté cargado de significados negativos hacia otro bando, pues lo debe incorporar en su información. Lo que no considero correcto es que dentro del texto propio que él como emisor elabora, y en el cual goza de un espacio de autonomía personal, el periodista reproduzca ese lenguaje belicista o con carga ideológica empleado por la fuente, cualquiera que ella sea.

Lo otro grave en relación con la terminología es el significado distinto que tiene una misma palabra o concepto para los diferentes bandos en contienda. Su uso reiterado en uno u otro sentido, obviamente lleva implícito un componente político determinado, según los intereses de ese emisor. Por ejemplo, ni guerrilla ni paramilitares utilizan jamás la palabra vacuna para hablar de las extorsiones que realizan, así estén disfrazadas con argumentos como el aporte para la "revolución" o la "toma del poder" por parte de los primeros, o la "seguridad" que ofrecen los segundos. Es por eso que, para referirse al citado cobro de dinero, los grupos insurgentes hablan de impuesto revolucionario y las organizaciones de contrainsurgencia prefieren usar la palabra contribución.

Lo más grave de este asunto del lenguaje es que de tanto utilizarse en forma equivocada, de manera consciente o inconsciente, algunas palabras van perdiendo su significado inicial, que es el real, y pasan a significar otras cosas. Por ejemplo: según el Código Penal Colombiano, retención es el "arresto o detención preventiva que puede ser practicado por autoridades de Policía", según explica el Manual para cubrir la guerra y la paz, un texto muy práctico que analiza, entre otros asuntos, qué significan en realidad los conceptos y términos más comunes usados dentro de la guerra interna colombiana. Ese mismo libro explica que "en Colombia, la

guerrilla suele utilizar el término 'retención' en lugar de secuestro, especialmente cuando se trata de periodistas, ciudadanos extranjeros o personas que ocupan cargos o posiciones influyentes"⁵. Pese a ello, muchos periodistas, y por extensión los ciudadanos rasos destinatarios de esos mensajes, terminan usando palabras de una u otra manera, sin precisión conceptual y, sin quererlo, dando validez a las posturas de los actores armados.

Todo esto, vuelvo a lo explicado, genera distorsiones y hasta ambientes poco propicios para la negociación o para entender en el otro una dimensión política de sus actos, incluso dentro de aquellos que se clasifican como terrorismo.

Trampa 4: Caer en las redes de la propaganda

Todos los grupos armados, y también el mismo Estado, son especialistas en generar hechos de propaganda, contrapropaganda y desinformación. Lo tienen tan claro que hasta figura en sus manuales de instrucción. Los periodistas deberíamos tener nuestros propios manuales para neutralizar o, por lo menos, evitar caer de bruces en esta otra trampa.

Sobre propaganda existen centenares de textos pero, para precisar algunos conceptos, voy a utilizar uno que condensa los fundamentos de esa acción de comunicación y es el libro La guerra de las mentiras, de Alejandro Pizarroso Quintero. Este autor considera que la definición más precisa de propaganda es la de Violet Edwards que explica: "Propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para fines predeterminados (Group Leader's Guide to Propaganda Análisis, Nueva York, 1938, p.40)"6.

Así mismo, Pizarroso manifiesta que el conjunto de actividades de propaganda de guerra puede ser llamado también guerra sicológica. Pero para explicar mejor este último concepto, cita a W. E. Daugherty que la define así: "Es el uso planificado de propaganda y otras acciones orientadas a generar opiniones, emociones, actitudes y comportamientos en grupos extranjeros, enemigos, neutrales y amigos, de tal modo que apoyen el cumplimiento de fines y objetivos nacionales (A Psychological Warfare Casebook, Baltimore, 1964, p.2)".

En tiempos de paz se habla de campañas sicológicas, pero para época de guerra se debe usar el concepto operaciones sicológicas, precisa Fernando de Bordeje Morencos en su Diccionario militar, estratégico y político. Ese texto dice que operaciones sicológicas "son las acciones sicológicas que se desarrollan durante un conflicto". Y define así acción sicológica: "La que trata de explotar las dimensiones políticas y psicológicas de los pueblos, en función de su geografía social. Se encamina a captar a la masa hacia unas determinadas ideas, con el objeto de influir en sus actitudes y conductas, inclinándola en sentido favorable a la consecución del objetivo propuesto".

Precisados esos términos, hagamos un repaso rápido sobre los siguientes hechos del conflicto armado colombiano, de gran impacto en la prensa nacional y extranjera en los últimos dos años, y cómo respondían a intereses propagandísticos de los respectivos actores de la guerra:

1. La reiteración inicial de Estados Unidos en señalar que el Plan Colombia era exclusivamente para combatir el narcotráfico, al que califica como principal problema del país, responde a la primera regla de la propaganda: la

⁵ Manual para cubrir la guerra y la paz. Conferencia Episcopal de Alemania, Fescol, Embajada de Alemania, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Santafé de Bogotá, 1999. 206 págs.

⁶ Pizarroso Quintero, Alejandro. *La guerra de las mentiras*, Editorial Eudema, Madrid, 1991. 358 págs.

⁷ Ibíd. pág. 63

⁸ De Bordeje Morencos, Fernando. *Diccionario militar, estratégico y político,* Editorial San Martín, Madrid, 1981. 199 págs.

simplificación, es decir, presentar un mensaje muy simple y de fácil recordación. Para eso, lo más práctico y usado es crear un "enemigo único".

Ese enemigo se presenta siempre ante la opinión pública como el exclusivo responsable de lo que pasa, así no lo sea en forma única. Pero eso no importa pues en la práctica—en el desarrollo real de la confrontación—todas las fuerzas de combate se despliegan no sólo contra él sino contra otros enemigos que son "secundarios" y que no fueron mencionados antes.

La lucha contra ese "enemigo único" es la justificación para acciones militares de muy diversa índole. Y eso ya se ve en Colombia: el discurso respecto al Plan Colombia ha ido cambiando en forma progresiva por parte de los gobiernos de Colombia y de Estados Unidos (principal financiador del mismo en su componente militar). Primero, al darlo a conocer, el discurso oficial aseguró que el Plan Colombia se destinaría en forma exclusiva para atacar el problema del narcotráfico y que por ningún motivo su dinero o recursos se usarían para la lucha contra la guerrilla.

Posteriormente, en el ambiente político de los dos países y en debates formales en el Congreso norte-americano se empezó a plantear la posibilidad que ese dinero se empleara también para combatir a la guerrilla, al "terrorismo" y a otras formas criminales (por ejemplo, se habló de grupos de secuestradores que pudieran ser o no insurgentes). Y, por último, desde el año 2002 se dijo en forma oficial que sí se utilizaría contra la guerrilla, pues el discurso gubernamental en ambos países asimiló narcotráfico = guerrilla como idéntico a narcotráfico = guerrilla = terrorismo. Esta percepción se vio fortalecida por la nueva doctrina norteamericana sobre terrorismo,

desarrollada luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. Sobre el tema han hablado en forma abundante tanto funcionarios civiles como militares.

Peter Rodman, secretario adjunto de Defensa para asuntos de seguridad internacional, del gobierno de Estados Unidos, declaró el 10 de abril de 2002 que el presidente Bush le había pedido al Congreso la ampliación del apoyo de Estados Unidos para una campaña unificada en Colombia contra el terrorismo, así como también contra el narcotráfico. Y aunque el mensaje daba la impresión de no querer decirlo, afirmó de manera clara que la lucha se extendería contra la guerrilla.

La Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos informó al respecto:

Dicha ayuda, dijo Rodman, ayudará a Colombia a combatir más efectivamente a los grupos terroristas, no sólo en las regiones tradicionales de cultivo de coca como los departamentos de Putumayo y Caquetá, sino que en toda Colombia".

Si se continúa relacionando la ayuda de Estados Unidos a Colombia con un "estrecho enfoque antinarcótico, eso significa que, por ley, debemos abstenernos de proveer ciertos tipos de ayuda militar y apoyo de inteligencia a Colombia, que podrían fortalecer inmediatamente la posición del gobierno en todo el país", dijo Rodman.

El funcionario dijo también que aun cuando a las organizaciones terroristas —Grupo Unido de Autodefensa de Colombia (Auc), Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y Ejército de Liberación Nacional (Eln)—no se las considera terroristas de alcance mundial, amenazan la estabilidad regional y los intereses de Estados Unidos mediante el tráfico transnacional de armas y drogas ilícitas, los secuestros y la extorsión. Juntos, estos grupos son responsables de más de 90 por ciento de los

⁹ Ayuda sería usada contra secuestro. El Tiempo, 8 de febrero de 2002, sección Política, pág. 1-3. La entradilla de la información dice: "Los helicópteros antinarcóticos del Plan Colombia podrían ser usados también por la Policía para rescatar a secuestrados".

incidentes terroristas en el Hemisferio Occidental, dijo Rodman a la Subcomisión de Operaciones en el Extranjero, de la Comisión de Asignaciones de la Cámara de Representantes¹⁰.

Dos semanas después, el 24 de abril, Gary Speer, jefe en funciones del Comando Sur de Estados Unidos, enfatizó el anterior planteamiento: manifestó que los esfuerzos estadounidenses en Colombia apuntan no sólo a combatir las drogas sino también a salvar la democracia en este país y a promover la seguridad y la estabilidad en la región andina.

Speer advirtió [cita textual de esa oficina del Departamento de Estado] que si a la amenaza terrorista que hay ahora en Colombia y otras partes de América Latina "no se la saca a luz y se la elimina, esa amenaza plantea potencialmente una amenaza seria" a la seguridad nacional de Estados Unidos y de sus vecinos.

Speer citó un informe del Departamento de Estado de Estados Unidos que dice que el 86 por ciento de todos los actos terroristas contra los intereses estadounidenses durante el 2000 en todo el mundo, ocurrieron en América Latina, predominantemente en Colombia¹¹.

La decisión de autorizar nuevos usos de la "ayuda" del Plan Colombia, se tomó luego. El 20 de julio de 2002 se informó desde Washington:

(...) Cámara y Senado reunidos en pleno ratificarán el proyecto, que saldrá de inmediato para sanción del presidente George W. Bush.

El levantamiento de las restricciones para que Colombia pueda usar los recursos "en una lucha unificada contra el narcotráfico y organizaciones catalogados como terroristas tales como las Farc, el Eln y las Auc", estaba incluido en un "suplemento de emergencia" o adición presupuestal solicitada por Bush a comienzos de año, que fue aprobado por la Comisión de Conciliación de la Cámara y el Senado.

En otras palabras, una vez el presidente George Bush lo firme -se estima que lo hará la semana entrante- cerca de 70 helicópteros, y otros recursos podrán ser empleados de inmediato por el Ejército y la Policía a la hora de enfrentar a los grupos irregulares, y para proteger los Derechos Humanos¹².

De esa forma, se entiende que el enemigo único que se creó para justificar el apoyo económico norteamericano al Plan Colombia fue efectivamente una excusa pues lo que estaba detrás de esa política era ampliar, más tarde, la financiación y el empleo del material militar que con ese dinero se compró, dentro del conflicto colombiano. Para eso se utilizó una de las estratagemas de la propaganda.

2. La liberación progresiva de personas secuestradas en forma masiva que hizo la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional, Eln (en el avión de Avianca—cuando cubría la ruta Bucaramanga-Bogotá—, la iglesia La María y el kilómetro 14—en la ciudad de Cali— y la Ciénaga del Torno—en Barranquilla—), se debe, también, al cumplimiento de la segunda premisa de la propaganda: la modulación del mensaje. Es decir, en ir generando situaciones que le permitan una presencia permanente en los medios y, por ende, los lleven a aparecer ante el Estado y la opinión pública como poderosos y dominadores de la situación.

http://www.usinfo.state.gov/espanol/colombia/02041103.htm

¹¹ http://www.usinfo.state.gov/espanol/colombia/02042602.htm

¹² Congreso de EU da luz verde para que recursos para la lucha antidrogas puedan ser usados contra guerrilla y 'paras'. http://eltiempo.terra.com.co/coar/noticias/ ARTICULO-WEB-NOTA INTERIOR-82924.html

Y aunque es evidente que dichas liberaciones fueron escalonadas no sólo por motivos propagandísticos sino porque hubo igualmente otras condiciones políticas o económicas, también lo es que la planeación de la entrega de secuestrados fue pensada en algunos casos para propiciar en forma simultánea un 'golpe mediático', el cual, por la falta de preparación de los medios y sus periodistas, se volvió un show lamentable para la credibilidad de la prensa colombiana.

3. La insistencia de todos los mandos militares en llamar a la guerrilla "narcobandoleros", "narcoterroristas", "facinerosos", "antisociales" y "terroristas" (esta última expresión con más fuerza desde el 11 de septiembre de 2001) busca que el mensaje quede entre la gente por efecto de la repetición, que es la tercera técnica propagandística.

Su objetivo es criminalizar a los grupos insurgentes, desconocer el componente ideológico que aún motiva su accionar ilegal y negar que la causa o sustento de su alzamiento contra el Estado fue o sigue siendo por razones políticas, a pesar de que dentro de sus actuales "formas de lucha" empleen el terrorismo y la criminalidad. La teoría clásica de Karl Von Clausewitz plantea sobre fenómenos como estos últimos que se viven a diario en Colombia, que la guerra es la continuación de la política por otros medios.

4. La aparición las dos primeras veces en televisión del jefe de las Autodefensas Unidas de Colombia, Carlos Castaño, sin uniforme camuflado ni armas sino vestido de civil (con camisa bien planchada y corbata), tiene que ver con la cuarta regla: la trasfusión, que significa buscar mecanismos que generen cercanía entre el emisor y el receptor, para que ambos se identifiquen y ganar las audiencias a su causa. En ambos casos, Castaño

pretendía aparecer ante la opinión pública como un ciudadano común y corriente y no como el comandante de un grupo armado sindicado de cometer centenares de atropellos contra la dignidad humana.

5. Las paradas militares de las Farc en la hoy desaparecida Zona de Distensión exhibiendo los mejores uniformes, disciplina en sus formaciones, "estados mayores", jerarquías en el mando, las armas más modernas e incluso mostrando a las guerrilleras más lindas, tiene que ver con otra regla: la exageración. Lo sean o no lo sean, la impresión que queda en quien vio o todavía ve esas imágenes es que se trata de un verdadero ejército, disciplinado, poderoso y hasta conformado por gente "bonita".

Los postulados propagandísticos son más: la minimización, la desfiguración, la división de la sociedad, la búsqueda de la unanimidad y el contagio, entre otros. Igualmente, son más los hechos reales que hemos visto en los medios que responden a esas líneas. La pregunta que queda es: ¿Están los medios y los periodistas preparados para enfrentar esas situaciones y poder caminar sobre la cuerda floja, sin caerse al lado de la propaganda o al lado de la desinformación?

Trampa 5: No *oler* las implicaciones políticas de los actos de guerra y de los propios hechos políticos

El conflicto armado, social y político que hay en Colombia ha convertido al país en una especie de patito feo con el que nadie se quiere relacionar y en un chivo expiatorio al que todos le pueden echar las culpas. No niego el terrible problema que hay: ejércitos ilegales deambulando a sus anchas por los campos, violaciones sistemáticas a los derechos humanos, el desplazamiento infame de miles de

campesinos, el fuerte negocio del narcotráfico, la corrupción rampante, como males de marca mayor.

Pero esa condición de país problema puede ser aprovechada de muy diversa forma por gobiernos, por agitadores interesados en que haya más guerra, por las clases dirigentes de países vecinos o por personas con aspiraciones políticas dentro de la propia Colombia. Anuncios como militarización de fronteras, restricciones temporales a actividades comerciales, declaraciones que señalan a Colombia como problema regional, en ocasiones responden más al interés de crear hechos políticos para desviar la atención de situaciones problemáticas internas, ganar adhesiones o movilizar la opinión pública hacia uno u otro lado. Y eso se puede dar no sólo en ámbitos nacionales sino regionales y locales, dentro y fuera de Colombia.

Igual puede ocurrir con determinados hechos de orden público y violencia en áreas fronterizas. Algunos secuestros, masacres, incursiones de hombres armados, en un momento dado podrían no ser responsabilidad de guerrilla o paramilitares, como se afirma a los pocos minutos de conocido el suceso. Lo planteo porque, ¿acaso no puede haber "manos extrañas" interesadas en producir situaciones de crisis que generen una fuerte reacción en la opinión pública nacional o internacional, a fin, por ejemplo, de dañar un proceso de paz? ¿O personajes ocultos que quieran internacionalizar el conflicto para aumentar así los presupuestos de guerra?

Por eso hay que tener mucho cuidado con las primeras versiones acerca de los llamados "hechos de orden público": a veces lo que parece evidente no es tal; a veces las declaraciones de altos funcionarios civiles, militares y policiales no son las mejores para aclarar situaciones porque son apresuradas e irresponsables dado que las sindicaciones que hacen se fundamentan en indicios o con base en pruebas débiles.

Y con esto no quiero decir que haya que negar tales declaraciones: simplemente hay que explicar que se trata de versiones preliminares suministradas por una fuente

informativa que debe estar perfectamente identificada. Cuando se trata de declaraciones off de record, con fuente oculta o producto de "filtraciones", el periodista debe dudar de inmediato pues lo más posible es que vaya a ser manipulado: hay que recordar que se está hablando con una persona comprometida en la guerra y que las guerras se ganan a como dé lugar, incluso mintiendo.

Por las características de lo que pasa en Colombia, informar exige alto profesionalismo y responsabilidad. Por eso los periodistas deben estar alertas para no caer en las trampas que les puedan tender. De todas formas, esto es muy complejo de analizar cuando se está al calor de un cierre de edición, a minutos de iniciar el noticiero o a punto de empezar una emisión radial ya que los fenómenos que ocurren nunca se dan puros sino que están determinados por circunstancias diversas y con intereses plurales. Y generalmente no se tiene de golpe todos los elementos de juicio para valorarlos. Así, un hecho político que se cree podría responder a un fin específico, puede en realidad no serlo o serlo parcialmente. Igual con uno de violencia. Lo importante es que se tenga presente que existe el riesgo de caer en esa trampa y por ende se deba abrir bien los ojos.

Trampa 6: Perderse en las lógicas o *ilógicas* internas de los medios

Esta es una de las trampas que afectan el mensaje pero que no se tiene muy en cuenta en los análisis que provienen de quienes están por fuera de los medios: hace relación a las políticas internas de los medios, a las rutinas de trabajo de los periodistas, a la cantidad de recursos humanos, físicos y técnicos de que disponen para hacer los cubrimientos informativos, a los criterios personales de los editores y jefes de redacción, a las horas de cierre de edición o emisión, en resumen, a las formas de trabajo específicas de cada redacción.

Así mismo, aquí entra un asunto preocupante: la poca capacitación que, en términos generales, ofrecen las empresas informativas en Colombia a sus periodistas. Por fortuna, ese vacío lo vienen llenando entidades como la Corporación Medios para la Paz y el Comité Internacional de la Cruz Roja (por citar a las que, tal vez, han logrado mayor impacto por su renombre y cobertura de los programas que desarrollan), además de algunas universidades y agremiaciones periodísticas, que cada vez se preocupan más por hacer debates y plantear cursos de formación.

Salvo unos pocos medios, básicamente aquellos considerados grandes, la capacitación a quienes van a informar sobre hechos de violencia y conflicto armado es poca. Sobre el problema de la formación profesional, el documento Periodismo y Violencia, material de apoyo del proyecto 'Educación e información sobre seguridad ciudadana en Centroamérica y la Región Andina', explica que eso no ocurre solamente en los países latinoamericanos, aunque aquí es particularmente grave:

Durante un seminario promovido por la Universidad de Columbia (Estados Unidos) para periodistas norteamericanos que trabajaban con sucesos criminales en diarios importantes, sólo uno entre 70 participantes había recibido capacitación especial.

En América Latina, según datos de la organización no gubernamental Altercom, dedicada a estudios de comunicación y prensa, el área de 'sucesos' es la puerta de entrada al periodismo profesional para el 70 por ciento de los egresados de universidades. Ingresan sin ninguna preparación en la compleja actividad que lidia directamente con la vida humana.

Un jefe de información de un diario sería considerado loco si elige a alguien que nunca a asistido a un partido de fútbol para cubrir el juego final del campeonato nacional. Pero los periodistas sin experiencia ni preparación son enviados para cubrir situaciones muy delicadas como secuestros, estupros, violencia doméstica o infantil¹³.

La anterior cita, aunque habla en general de América Latina y del periodismo judicial (lo que antes se llamaba crónica roja), retrata a la perfección lo que ocurre con estos periodistas en Colombia; entre otras cosas porque en buena parte de empresas informativas de este país los hechos propios del conflicto armado los cubren todavía los periodistas de 'judiciales', quienes en una misma página o emisión informan también de asaltos, hurto de vehículos, crímenes y toda la gama de delitos producto de la violencia social: todo en un mismo paquete, unas veces hasta mezclados y sin mayor diferenciación.

Aunque no debería ser así, esas lógicas internas—que más parecen ilógicas— influyen demasiado en los mensajes, sin que los perceptores se den cuenta de que esa es la causa real de que una información salga de una manera y no de otra. A veces los analistas de los medios dan unas explicaciones sobre lo que se publica, atribuyendo los vacíos de las noticias al interés deliberado de manipular o los fallos que presentan a la ignorancia de quien escribe. En unos casos eso puede ser verdad, pero en otros definitivamente no; sin embargo, en ocasiones se insiste en ello por simple desconocimiento de las razones internas que incidieron en la "producción" de un artículo.

Perderse en las lógicas internas de una sala de redacción se constituye en una trampa cuando los sistemas internos de trabajo de los medios dificultan la labor periodística honesta y con sentido, cuando coartan la creatividad del reportero y distorsionan o manipulan el mensaje para acomodarlo a sus intereses empresariales o a los particulares del dueño.

¹³ Periodismo y violencia - Una guía para la cobertura de hechos policiacos y judiciales.
Proyecto 'Educación e información sobre seguridad ciudadana en Centroamérica y la Región Andina', Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención del Delito y el Tratamiento del Delincuente (Ilanud) e Iniciativas de Comunicación para el Desarrollo (Icode), 1998. 24 págs.